

# ÍNDICE

MONSEÑOR JOAN-ENRIC VIVES	
Proemio .....	7
FRANCESC TORRALBA	
Prólogo.....	11
JOSEP CUNÍ	
La comunicación de masas en la sociedad tecnológica.	
Luces y sombras.....	15
SALVADOR GINER	
La relación interpersonal en la sociedad digital .....	31
FRANCESC TORRALBA	
La búsqueda de sentido en el océano telemático .....	45

## PROEMIO

La transformación de las tecnologías de la información y de la comunicación que está experimentando nuestro mundo tiene efectos decisivos en la vida de las personas, en su modo de relacionarse, de trabajar, de desarrollar sus actividades básicas. De hecho, se está configurando un nuevo mundo, una nueva tierra de misión, un espacio que no puede ser indiferente a la transmisión de la fe.

Las nuevas tecnologías abren horizontes nuevos, nuevas posibilidades que hay que explorar con detenimiento y que son una ocasión idónea para establecer lazos de fraternidad y de entendimiento entre culturas, pueblos y naciones geográficamente distantes. Nos permiten acceder a mundos muy alejados y a establecer conexiones con personas con mucha facilidad y accesibilidad.

Esta interacción entre distintas identidades puede hacer posible la emergencia de un mundo más fraterno y solidario, más sensible a su riqueza y diversidad. Vivimos en lo que los expertos han denominado el pueblo global (*the global village*), pero para vivir dignamente en este lugar necesitamos una globalización de la solidaridad, de los derechos de todos los ciudadanos del planeta.

Sin embargo, como todo fenómeno nuevo, debemos discernir atentamente las luces y las sombras que van asociadas

a esta novedad. El ser humano es, por definición, un ser social, está llamado por su propia naturaleza, creada a imagen y semejanza de un Dios trinitario, a establecer vínculos, a tejer redes, a salir de sí mismo, como remarca el papa Francisco, para ir a encontrar al otro y forjar una comunidad de amor. No somos islas, no somos seres autárquicos. Nos necesitamos los unos a los otros y no podemos crecer al margen de la comunidad. “Somos don y estamos hechos para el don”, dice el papa emérito Benedicto XVI, en su última encíclica *Caritas in veritate*.

Esta salida de uno mismo, o éxodo del yo, requiere audacia, porque hay que superar el miedo, pero es el único modo de poder expresar los propios dones en el mundo y embellecerlo con la propia presencia. Las tecnologías de la información y de la comunicación nos permiten establecer puentes, crear sinergias, compartir experiencias y conocimientos y ello hace aumentar nuestra visión de la realidad y el sentido de cosmopolitismo. Nunca como en este momento en la historia, nos habíamos sentido ciudadanos del mismo mundo, de un mundo global, que es interdependiente y frágil en el que todos estamos llamados a entendernos y a encontrar caminos de pacificación.

El fenómeno de la globalización de las comunicaciones, como ya advirtió el papa emérito Benedicto XVI, en su última encíclica *Caritas in veritate* (2011), es un fenómeno ambiguo y complejo, pero representa un salto cualitativo en la historia de la humanidad. No podemos caer en la indiferencia. El conocimiento de las realidades y sufrimientos de los demás, tiene que ser un estímulo para luchar contra el mal, pero para alcanzar este reto, hay que vencer la caída en lo que el papa Francisco ha denominado la *globalización de la indiferencia*. La red nos permite tener conocimiento de lo que pasa en las periferias de la existencia y ello nos obliga a ser más responsables socialmente y más cuidadosos con el medio ambiente.

En este librito que tengo el placer de prologar, se recogen las tres ponencias que tuvieron lugar en el décimo Seminario de la Cátedra de Pensamiento Cristiano del Arzobispado de Urgell, celebrado en el Común de Sant Julià de Lòria en julio de 2013, dirigido por el doctor Francesc Torralba.

El tema central de este seminario fue, precisamente, explorar el nuevo universo comunicativo de la mano de estudiosos y de profesionales que lo conocen desde dentro. Interesa especialmente reflexionar sobre el nuevo marco y averiguar de qué forma se puede favorecer el pleno desarrollo de la persona y el programa integral de los pueblos, que no solamente exige su crecimiento económico y material, sino también su dimensión espiritual.

Deseo que la lectura de este libro sea provechosa para todos y nos permita discernir los signos de los tiempos y utilizar el nuevo marco de las comunicaciones para desarrollar nuestros horizontes más nobles.

Joan-Enric VIVES  
*Arzobispo de Urgell y copríncipe de Andorra*

## PRÓLOGO

Son dos los vocablos que caracterizan el momento presente: *incertidumbre* y *red*. La incertidumbre es una categoría que define con nitidez la situación en la que vivimos. Se refiere a la falta de seguridades, a la falta de fundamentos, al carácter inestable y efímero de todo lo que acontece. Da la impresión de que no hay nada sólido, que todo lo que, hasta hace poco, parecía fijo y permanente, se está licuando, se está disolviendo o evaporando.

No me refiero solamente a estructuras, organizaciones, sistemas o instituciones, también a valores, convicciones, principios o creencias. Nos encontramos con un mundo insosteniblemente ligero, en el marco de una cultura y una sociedad líquida, o mejor dicho, gaseosa.

La incertidumbre no es un estado de ánimo positivo, más bien al contrario, suscita angustia y ansiedad, porque todo ser humano para poder vivir con paz y equilibrio necesita un fundamento, una tierra firme, un sistema marco que le genere confianza. Es la confianza lo que nos hace crecer y desarrollarnos; la incertidumbre nos bloquea y nos paraliza.

Existe incertidumbre social, incertidumbre económica, incertidumbre política; no tenemos ninguna certidumbre del futuro inmediato que nos espera y tenemos la impresión de que la crisis que sufrimos no es, solamente, económica, sino

antropológica y que nos lanza a una situación radicalmente nueva. Abundan los diagnósticos apocalípticos, también los profetas de calamidades, pero raramente se escriben prospectivas y, menos aún, utopías. En épocas de incertidumbre, es aventurado predecir lo que sucederá, pero aún lo es más dibujar horizontes utópicos.

La incertidumbre es un estado mental que activa el miedo, y el miedo es una emoción que paraliza el movimiento y la voluntad de emprender. No es extraño que esta incertidumbre ambiental tenga efectos en la psicología de las personas, pero también en la forma de obrar en el seno de las organizaciones. Y, sin embargo, estamos llamados a no tener miedo, a afrontar los retos de futuro con confianza y serenidad, con esperanza y compromiso, pero la incertidumbre es un factor que pesa de forma determinante al tomar decisiones y comprometerse.

El otro vocablo que define nuestra situación actual es la palabra *red*. Trabajamos en red, nos comunicamos en red, estamos informados de lo que pasa en el otro lado del mundo; los conocimientos y las informaciones circulan a gran velocidad por el mar telemático y da la impresión de que no hay islas desiertas, ni espacios vírgenes. La red tiene un efecto positivo, en la medida que permite unir esfuerzos, sumar iniciativas, compartir proyectos exitosos y fracasados, pero también puede tener un efecto negativo, en la medida que reduce significativamente los espacios de intimidad, de confidencialidad y de secreto. No podemos entendernos a nosotros mismos, ni a nuestros conciudadanos sin comprender que vivimos todos en red, y que no somos impermeables al vertiginoso desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación.

El impacto de estas tecnologías en la vida cotidiana, personal y profesional es muy intenso y ha tergiversado la forma de relacionarnos, de interaccionar, de trabajar y de cooperar. La red no es un instrumento más, como lo puede ser el martillo o las tenazas. La red es un sistema, un marco, un entorno

en el que vivimos, nos relacionamos, compramos, vendemos, nos divertimos, nos formamos y expresamos lo que creemos y deseamos. Pero el marco no es neutro ni irrelevante; tiene efectos en el ciudadano, en el mensaje que emite, en la forma de relacionarse con los demás. El marco da unas posibilidades, pero también marca unos límites.

Nos hemos acostumbrado a vivir en red, a trabajar en red, a compartir conocimientos e informaciones en red. La red tiene efectos en la configuración de la identidad personal, porque la identidad es narrativa, no es un todo fijo y estático, ajeno al mundo en el que vive, sino que se construye a partir de interacciones, de relaciones.

El yo no puede crecer ni desarrollarse sin el tú, lo necesita para desplegar todo su potencial. La red ofrece la posibilidad de tener muchos vínculos, pero la cantidad no siempre va ligada a la cualidad. La red ofrece establecer vínculos y relaciones afectivas con personas muy alejadas de nuestro entorno físico y lingüístico y ello abre horizontes nuevos en la persona.

El objetivo de este librito que tengo el placer de presentar es una reflexión sobre los cambios y mutaciones que han tenido lugar en el campo de la comunicación de masas y sus efectos en la vida cotidiana de las personas. Sería un error sucumbir a la ingenuidad y no entrever los aspectos oscuros de la red; pero también sería insensato no darse cuenta del montón de posibilidades que se abren con la nueva forma de vida.

Este libro pretende ser un pequeño instrumento para progresar en esta reflexión y aportar elementos para discernir las luces y sombras del mundo en el que estamos viviendo.

Francesc TORRALBA

Josep Cuní

## LA COMUNICACIÓN DE MASAS EN LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA: LUCES Y SOMBRAS

He aceptado con mucho gusto la propuesta de hablar sobre el periodismo porque ya hace tiempo que siento la necesidad de teorizar sobre el hecho de relativizar el acto periodístico: porque sin distancia, no hay periodismo.

Si no somos capaces de relativizar, por principio, la información que nos llega de primera mano, no hay periodismo. No sé si seré capaz de teorizar sobre este hecho, pero esta es de entrada la voluntad que me ha impulsado a aceptar la invitación que en nombre del obispado de Urgell me ha hecho mi buen amigo Francesc Torralba. Reitero, pues, mi agradecimiento.

Hoy en día existe una forma distinta de hacer las cosas, muy diferente de como las hacíamos no hace mucho. Con un teléfono móvil tenemos el mundo en nuestras manos y con las aplicaciones que nos permite este mismo teléfono móvil tenemos al alcance un montón de posibilidades: como por ejemplo localizar todo lo que necesitamos saber de una determinada localización, ya sea un bar, una tienda de descuentos o una sala de cines. Todo esto ya se halla dentro de este aparato y esta es la máquina que está revolucionando nuestras vidas.

Un motivo por el que he aceptado participar en este encuentro es porque no creo que aquellos profesionales que, paralelamente a nuestro trabajo en los medios de comunicación dedicamos un cierto tiempo a reflexionar sobre lo que

hacemos seamos capaces de evaluarlo con suficiente acierto como para ayudar a una reflexión conjunta, a una reflexión colectiva.

¿Por qué hago esta sugerencia? Porque estamos marcados y obviamente también podemos estar deformados por la intensidad de nuestro trabajo, que no siempre nos da la suficiente perspectiva aunque sí que nos ofrece un conocimiento empírico que puede ser un conocimiento tramposo, comparado con el conocimiento académico. Pero esta sería otra cuestión que no abordaré porque al final nos perderíamos.

Este largo preámbulo es para pedirles que no tengan ninguna gran expectativa por lo que yo ahora les diré, ya se lo advierto. Agradezco las palabras de presentación e incluso intuyo lo que podrá decir Salvador Giner, pero les pido que rebajen las expectativas, porque algunas cosas que ahora les explicaré con toda seguridad no les gustarán, y tal vez sea porque quizás las consideren políticamente incorrectas, pero sin el políticamente incorrecto no existe evolución del pensamiento. Lo políticamente correcto es una anestesia que alguien se inventó en su momento para que todos tendiéramos a pensar más o menos lo mismo, que siempre suele ser lo que alguien quiere que pensemos, aniquilando nuestra propia libertad de pensamiento.

Miren, las redes sociales han venido para quedarse. Esto es un hecho, habrá en la historia de la humanidad un antes y un después tras la aparición de las redes sociales. Ahora bien, que haya un antes y un después y que ahora estemos en un momento de explosión del fenómeno no significa que tengamos que convertirnos en unos sumisos adictos a las redes sociales, cosa que estamos haciendo en la actualidad. Y lo estamos haciendo por la novedad, por la tendencia, por la moda y, por qué no decirlo, por esnobismo, hoy en día decir que no tienes móvil no es que esté mal visto, ¡es que no mereces ninguna consideración!

Hubo una vez una persona muy destacada dentro de su ámbito (que, por cierto, ahora ya tiene móvil), que hace ya unos cuantos años nos encontramos en la confluencia de la Plaza Francesc Macià con Josep Tarradellas de Barcelona y me dijo que no tenía móvil. “¿Por qué?”, le pregunté yo, y me contestó: “porque creo que no lo necesito”. “Yo creo que en un tiempo no podrás decir lo mismo, no por ti, sino por tu propio entorno”, le respondí. Y la curiosidad del periodista hizo que le preguntara: “¿Y cómo te sientes sin móvil? Su respuesta me dejó patidifuso: “Muy bien. ¿Sabes la satisfacción de saber que te buscan y no te encuentran?”.

Esto ya ha pasado, el móvil para mí aún es un teléfono. Pero para las nuevas generaciones, lo menos importante es que sea teléfono. Para ellos solo es un móvil, y su menor uso es llamar, o que les llamen, porque antes de llamar o ser llamado, nuestros jóvenes se comunican escribiendo a través de las distintas aplicaciones que ofrecen estos servicios, de las cuales llamar es el último recurso, la última posibilidad. Evidentemente, cualquier cosa que necesiten la tienen en el móvil, saben que la tienen, por tanto han convertido este dispositivo en su memoria de bolsillo, y esta memoria de bolsillo que siempre va con ellos si la pierden se convierte en un momento de una gran angustia, porque cuando digo memoria de bolsillo me refiero a todo lo que memoria quiere decir.

Significa que en el cerebro archivamos mucho menos, porque mayoritariamente lo guardamos todo en el teléfono. Por tanto no necesitamos memorizar, aquí (en el móvil) también encontramos cualquier tipo de información, pero el esfuerzo de tener que memorizar —y ahora habla el periodista— por poner un ejemplo, qué día empezó la denominada primavera árabe, no es necesario hacerlo, porque esto ya lo busco y me lo contesta el móvil. Está cambiando nuestras vidas, porque está cambiando nuestros hábitos, pero sobre todo porque está cambiando también nuestra forma de pensar.